

Asia, en época muy lejana, y allí llevaron la mayor parte de los nombres que tenían en su patria europea. Había dardanos en Macedonia, como en Troada; kebrenes al pie de los Balcanes y una ciudad de Kebrene cerca de Ilión. La nación ilustre de los briges, febrices ó frigios, dejó parte de su efectivo en la cuenca del Estrimón al Norte de Macedonia, y partió hacia Oriente. El grueso de los emigrantes se concentró en el reborde occidental de la meseta asiática en el distrito regado por el Sangarios y el Meandro. Su dominio, al cual llamaron Frigia, fué siempre célebre por la fertilidad de sus campos y riqueza de sus praderas. La lengua frigia se parece más al griego, que el gótico se parece al medio alto-alemán: su declinación y sus conjugaciones presentaban las flexiones y sufrían en parte las leyes fonéticas del griego. Separados del mar por hombres de su misma familia, su civilización tenía un sello particular debido á su aislamiento. Su religión imponía á los fieles un dios supremo, Bugairs, que los griegos confundían con su Zeus; un dios-luna Min ó Mene, y una diosa madre Anuna, calificada de Kybele, Agdistis, Diudymene ó Idoea, según las montañas donde tenían sus santuarios. Los amores de Kybele con Atys, hijo de Mane, la muerte y resurrección del dios, el luto de la diosa, los ritos bárbaros y el fanatismo de sus sacerdotes hicieron famoso el culto frigio. La población se dedicaba con preferencia á la agricultura y una ley antigua castigaba con pena capital á quien matara un buey ó destruyera un apero de labranza. Según la leyenda, Gordios, el primero de sus jefes, fué un campesino que no poseía más que dos parejas de bueyes. Midas, hijo de Gordios y de la diosa Kybele, había adquirido fama de príncipe rico y guerrero; las dos ciudades de Prymuesos y de Midaión le honraban como héroe fundador. La realeza frigia, confinada al principio en un distrito angosto, prosperó y se ensanchó bajo una serie de reyes, muchos de los cuales llevaron el nombre de su ilustre antecesor. El viajero inglés Seake descubrió á principios del siglo XIX un valle entero lleno de tumbas antiguas, muy anteriores á la denominación griega y romana, cuyo carácter indígena revela el estilo arquitectónico de los antiguos frigios. Algunas tumbas y algunos bajo relieves que demuestran la influencia de los artistas hittitas es lo único que queda de aquellos soberanos tan ponderados por su opulencia, su amor á los ca-

ballos lujosos y el respeto fanático con que honraban á la madre de los dioses.

Al Norte de Frigia se diseminaron algunas tribus arias poco numerosas, por las selvas próximas á la costa del Ponto Euxino, y propagaron la raza oscura de los paslagonios. A su izquierda, los ascarios y tracios, con el nombre de bitturgios ó hebrykes, dominaban las dos orillas del Bósforo. Más á la izquierda, la fuerte nación de los misicenos y pueblos del mismo origen (tencros, kebrenos y dardanos) se agitaban en el valle del Rhyudakos y en el del Caico, en la montaña de Ida y en la península que avanza entre la Oropóntida, el Hiberonte y el Mar Egeo. La leyenda contaba que Dardanos había construido la ciudad de Dardania bajo los auspicios de Júpiter, y que era el padre de los dardanos. Parte de sus hijos bajó de los barrancos de la montaña á las orillas del Escamandro, y se atrincheró en una colina escarpada que domina de lejos la llanura y el mar. Las excavaciones practicadas por Schliemann en el lugar donde estuvo Troya han sacado á luz las ruinas de varias ciudades superpuestas. Los restos descubiertos en la más antigua prueban la existencia de una civilización en la cual no hay indicios de una influencia egipcia ó asiria. La primera Troya pereció en un incendio, obra sin duda de vecinos confederados contra ella, pero pronto renació de sus cenizas. Según dice Curtius, se erguía sobre la ciudad, en un peñasco, la fortaleza Pérgamo. Desde sus almenas la vista abarcaba toda la llanura que se extiende hasta el mar, donde desaguaban juntos el Simouris y el Escamandro. Ninguna ciudad regia del mundo antiguo estaba mejor situada que aquella fortaleza troyana: bien resguardada y segura, podía extender su dominio en lontananza.

Un grupo de raza indecisa, lidios, leleges, licios, carios, flotaba al Sur de la Tróada y de la Misia. Los lidios estaban concentrados en los ricos valles del Hermos, el Caistro y el Meandro. Sus tradiciones más antiguas recordaban un Estado poderoso situado en las laderas del monte-Sipylo. Su capital era Magnesia, la más vieja de las ciudades, residencia primitiva de la civilización en aquellas comarcas, morada de Tántalo, amigo de los dioses, padre de Niobe y de los pelópidas. Los leleges surgían en varios puntos, asociados con los recuerdos más nebulosos de Grecia y Asia Menor, en Licia y en Caria, como en la Tróada, á orillas del Meandro y en las ver-

tientes del Ida. Los pueblos de la costa troyana, Antandros, Gargara y otros les habían pertenecido. La Pedasos del Satniveis era colonia suya y otras Pedasos diseminadas por el Occidente del Asia Menor, permiten medir el campo de sus emigraciones. Los carios dominaban el litoral y las islas del mar Egeo; los licios confinaban con ellos. Una de sus tribus más numerosas, la de los tremilos, no salió de la península que los griegos llamaron con especialidad Licia; otros se esparcieron por el interior hasta el Halis y el Eufrates. Había una Licia en la Tróada, al Sur del Ida; otra en Atica, y licios en Creta. Carios, licios y leleges están tan confundidos desde el origen que es imposible determinar los límites de sus dominios y á veces hay que aplicar á todos lo que de una de sus tribus se afirma.

Mientras que la emigración ariá aceleraba los movimientos de Noroeste á Sudeste, pueblos de origen distinto subían á su encuentro en dirección diametralmente opuesta. A fines de la dinastía XVIII los khatis habían penetrado en el centro del Asia Menor, llevando quizá sus armas hasta el Mar Egeo. Pronto se borró el recuerdo de sus conquistas, dejando huellas inciertas en el espíritu de las generaciones posteriores. Los poetas homéricos sabían vagamente que entre los guerreros que acudieron en socorro de Troya, había ketenios, á cuyo príncipe mató Neoptolemo. Solía confundirse á los khatis con sus adversarios de Egipto ó de Asiria y se atribuían á éstos las leyendas aplicables á aquéllos. Se atribuía á Secostris una conquista del Asia Menor y de Tracia y se convirtió al último aliado de Príamo contra los griegos en Memnón, rey de Susa é hijo de la Aurora. Mientras los khatis entraban en el interior los fenicios recorrían asiduamente las costas. Los cilicios parece que se aliaron con ellos y la ribera opuesta á Chipre se cubrió de factorías con nombres semíticos, como Kibyra, Mamra, Ruskopos, Sylión, Migdalé, Foselis y Sidyma. En vez de recoger á los marinos que les llevaban productos de las civilizaciones orientales, los licios no los dejaron establecerse ni que fundaran colonias allí. Del promontorio sagrado á la punta de Cnido, no hubo en el continente más que una factoría fenicia autónoma llamada Astyre, frente á Rodas. Los carios fueron más complacientes, y dejaron desembarcar en Rodas á los sidonios, que empujaron hacia las montañas á los habitantes indígenas, y se apo-

deraron de los tres puertos de Jalisos, Sindos y Cainiros. Muchos indígenas se pusieron al servicio de los extranjeros y emparentaron con ellos por medio del matrimonio, y tanto aumentó la proporción de sangre fenicia, que se dió al país el nombre de Phenike (tierra fenicia). El pueblo procedente de esta mezcla tuvo gran importancia en el desarrollo de la civilización en los países próximos al Mar Egeo. En Megara y en Atica tuvo colonias, pero se marchitó y pereció sin haber producido una obra duradera, como casi todos los pueblos mestizos. Su influjo cesó el día en que la última colonia egea de los fenicios sucumbió ante la civilización griega.

Más allá de Rodas podía escoger el navegante entre dos vías contrarias; al Norte, dejando á la derecha la costa asiática, ganaba la desembocadura del Helesponto. Parte de las flotas fenicias siguió este camino. Repelidas del continente por los indígenas, se desquitaban estas flotas ocupando las Espóradas ó Cícladas, islas que les llamaban la atención por su posición ó sus riquezas naturales. Auxiliados por los carios, tuvieron escalas en Delos, Renea, Paros é islots vecinos. Oliaros cayó en manos de los sidonios, Melos en las de los biblitas. Hubo célebres pesquerías de púrpura en Nisyra, en Giaros, y tintes y fábricas de tela en Cos, Amorgos y Melos. Los sidonios no se contentaron con esto. Subieron por las costas de Tracia y explotaron las minas de oro del monte Pangeo. También atacaron á Samotracia, Lemnos y Thasos, pero sin gran resultado. En aquellas regiones estaba reservado á los tirios el honor de llevar á feliz término la empresa.

Siempre en busca de nuevos mercados siguieron osadamente su camino por el canal sinuoso del Helesponto y entraron en las aguas tranquilas de lo que es hoy el mar de Mármara. Después de haber fundado á Lamposaca y á Abidos, se alojaron en Pronectos. En el fondo de aquel primer mar interior se abría un canal que atravesaron trabajosamente (el Bósforo) para salir á un mar inmenso de olas tormentosas (el mar Negro). Siguiéron á lo largo de la costa oriental á la cual los atraía la fama de las minas del Cáucaso, y de aquellos atrevidos cruceros trajeron atún y sardinas, púrpura y ámbar, oro y plata, plomo y estaño.

Desde Rodas se ven al Sudoeste las cimas de las montañas cretenses. Mientras unos almi-

rantes fenicios corrían hacia el Ponto Euxino, otros navegaban hacia Creta y la exploraban. A mediados del siglo XX antes de nuestra Era recibió Creta desde Asia Menor pobladores de origen indeciso, pero dotados de civilización avanzada, que fundaron un reino poderoso, como lo demuestran sus monumentos. Los egipcios que entraron en relaciones con ellos en tiempos de la dinastía XVII, los confundieron, llamándolos Kefatin, con los fenicios que se los habían dado á conocer. Sus tratos con los etreos fueron sobre todo de comercio é industria, y hubo factorías en Lappa, Kairatos, Arad, Gortyne y Lebene. Luego le tocó el turno á Citerca, isla preciada como estación naval y como punto industrial; el *murex brandaris*, del cual se extraía la púrpura de las islas. Abundaba allí de tal manera, que en cierta época se llamó á la isla Porfiroersa ó Purpurada. Los fenicios, al establecerse en ella, edificaron un santuario de Astarté, quizá el primero erigido en Grecia. Desde allí fueron á las islas Jónicas, á Iliria y á Italia. La Grecia continental no tardó en recibir su visita, pues se los vió en el istmo de Corinto, en Megara, Egina, Salamina, Argólida y Atica. Según cierta leyenda, el fenicio Kadmos, héroe tebano, é inventor de las letras, guió á un grupo de sidonios al centro de Beocia. Ninguno de aquellos establecimientos sobrevivió á la invasión doria, pero su presencia en medio de los pueblos primitivos de Grecia, influyó no poco en el carácter y en las religiones de la raza helénica.

Las emigraciones de los pueblos del Asia Menor y el Exodo. No tardó en llegar la reacción de los frigios y otras tribus interiores contra los khati, y la de los griegos y gente de la costa contra los fenicios. Los pueblos marítimos del Asia Menor, llamados (por lo menos los pertenecientes á la raza frigo-pelásgica) griegos orientales, supieron apropiarse la civilización del extranjero más culta, y sus artes. Acostumbrados á la pesca, pusieron quillas á sus barcos, para hacer más largos sus viajes, aprendieron á usar la vela al mismo tiempo que el remo, y á que el piloto fijara sus miradas, más que en las riberas en las constelaciones. Los fenicios habían descubierto en el polo la estrella, que era el guía más seguro de sus correrías nocturnas. Los griegos escogieron la Osa mayor,

constelación más brillante y acabaron por ser discípulos aprovechados y felices rivales de sus maestros, á quienes arrojaron por fin de sus aguas, por lo cual se encuentran en el Mar Jónico tan pocos vestigios de la dominación fenicia.

Los sidonios y carios habían pirateado también por los mares del archipiélago y andaban por cerca de las costas, acechando ocasión oportuna para dar un golpe de mano. Si no disponían de mucha fuerza, desembarcaban pacíficamente, exhibiendo sus mercancías y conformándose con la ganancia producida por el cambio de productos. Si se creían seguros de un buen éxito, quemaban las mieses, saqueaban aldeas y templos aislados, y se llevaban cuanto podían, especialmente á niños y mujeres, que vendían como esclavos en los mercados de Oriente. Los griegos se acostumbraron á considerar la piratería como un oficio cualquiera, y cuando desembarcaba gente desconocida en alguna parte, le preguntaban ingenuamente, según Homero, si eran mercaderes y piratas. Usaron represalias contra las flotas y factorías fenicias, y no tardaron en reconquistar las Cícladas. Los sidonios no pensaron más que en atrincherarse en algunos puntos importantes, como Tasos, al Norte; Melos y Tera, en el centro; Rodas y Citerca al Sur. Los cretenses tomaron parte activa en esta empresa y tuvieron durante algún tiempo un reino de cien ciudades, cuya capital era Corosos. Atribúyese á Minos la gloria de haber destruído el bandidaje entre las islas del archipiélago y de haber reprimido las fechorías de fenicios y carios. El advenimiento de la dominación cretense señala el fin de la supremacía sidonia en los mares de Grecia. Las pocas colonias que se sostuvieron tenían que vivir de las concesiones de los indígenas.

Nada sabemos de las guerras emprendidas por los pueblos del interior contra los khati. El perpetuo influjo de las tribus tracias perturbaba profundamente las relaciones de los pueblos que hasta entonces habían vivido en las riberas del Mar Egeo. Necesitaban espacio los recién venidos, y meonios, tirsenienses, troyanos, licios tuvieron que expansionarse. Según la tradición local, Manes, hijo de Zeus y de la Tierra, tuvo de su unión con Calihroe á Cotys. Este engendró á Asios, héroe epónimo de Asia, y á Atis, que inauguró en Lidia la dinastía de los Atidas. Calitea, hija de Tilos y mujer de Atis,

parió dos hijos, llamados, según unos, Tirsenos ó Tirrenos y Lidios, según otros, Tosnebos y Lidios. Examinando esta genealogía y completándola con los datos de los monumentos egipcios, se ve que al principio, hubo en la costa Oeste del Asia Menor, un pueblo llamado Meonios, dividido en varias tribus: lidios, tusenos ó tirrenos, tonebos y shardanans. Algunas de éstas, atraídas por la piratería, abandonaron su patria y fueron á buscar fortuna allende los mares.

Según Herodoto, en tiempo de Atys, hijo de Menes, hubo hambres en todas las comarcas de Lidia. El rey determinó dividir en dos la nación y sortear las dos partes; la mitad de la gente se quedaría en el país, la otra mitad se expatriaría, y él seguiría gobernando á los que quedasen, dando el mando de los demás á su hijo Tirsenos. Hecho el sorteo, los que se marchaban se reunieron en Esmirna, hicieron barcos y en ellos partieron en busca de tierra rica y hospitalaria. Llegaron á Umbria, allí fundaron ciudades y para recordar el nombre de su rey se llamaron tirsenienses. A pesar de lo que dice Herodoto, esta emigración no se verificó de una vez: duró cerca de dos siglos, desde la época de Setui I hasta la de Ramsés III, y se extendió por muy diversas regiones. Hay huellas de los pelagos tirrenos en Imbros, Lemnos, Samotracia y Calcis, en las playas é islas de la Propóntida, en Citerca y en la punta de Laconia. En Africa se aliaron con los libios y asaltaron á Egipto reinando Setui I. Los shardanans que entonces cayeron prisioneros, fueron incorporados al ejército egipcio y se distinguieron en la campaña contra los khati, luchando con licios, misienos y troyanos, servidores de los soberanos sirios. El triunfo de los ejércitos egipcios tuvo eco en las playas del Mar Egeo, y privó á los khati de los grupos de aventureros que le habían sido tan útiles durante sus primeras conquistas.

Cuando andaba en tratos con Khatisarú, ya tenía Ramsés II cincuenta años lo menos, y llevaba treinta guerreando, por lo cual se comprende que deseara descansar y cediera el poder real á uno de sus hijos. Como los tres primeros habían fallecido, eligió al cuarto llamado Khamoisit, jefe del sacerdocio memfita. La autoridad de éste duró hasta el año LV, en que murió, y correspondió entonces al hijo décimotercero, Minephtah, que parece haber compartido con la princesa Bit Anati y el príncipe Khamoisit (ambos hijos de la reina Isinofrit), el favor parti-

cular de Sesostris. Fué regente doce años, y luego rey efectivo, con los nombres de Biuri Minutiru, hijo del sol, Minephtah Motphimait.

No era joven cuando empezó á reinar; contaba sesenta años ó más. Era un anciano sucesor de otro anciano, cuando Egipto necesitaba un soberano joven y activo. No empezó mal, sin embargo. En el exterior no fueron atacadas las guarniciones de las ciudades sirias, y los khati, que sufrían hambre, alcanzaron trigo de los egipcios y por gratitud no quebrantaron la paz. Las grandes edificaciones prosiguieron en Tebas, Abidos y Memfis, sobre todo en el Delta, donde residía Minephtah. Pero desde su derrota en tiempos de Setui I y Ramsés II, los pueblos del Asia Menor y Libia habían tenido tiempo de cobrar ánimos. El año V se supo de pronto que las escuadras del archipiélago habían arrojado á las playas grupos de tirsenos, de shardanans y licios, acompañados de auxiliares desconocidos hasta entonces, los akaixisha y shakalasha. El rey de Libia, Mirmain, hijo de Didi, se les unió con los timihn, los mashnarha, lo kehaka, y juntos se precipitaron hacia el Nilo. El ejército invasor se componía de tropas escogidas que llevaban la firme resolución de conquistar el Delta é instalarse allí definitivamente.

El anuncio de su venida aterrorizó á Egipto. La larga paz disfrutada con Ramsés II, había calmado mucho el ardor belicoso de los egipcios. El ejército era muy reducido y carecía de cuerpos auxiliares: las fortalezas, mal conservadas, no protegían eficazmente las fronteras. Los nomos de la frontera amenazados directamente se sometieron sin combatir. Minephtah, que acudió al sitio del peligro, restableció el orden y la disciplina, reunió tropas, reclutó mercenarios en Asia, envió carros á la descubierta para enterarse de los movimientos de su enemigo, cubrió á Memfis con el grueso de sus tropas y fortificó el brazo central del Nilo para salvar de una incursión la parte oriental del Delta. Apenas terminados los preparativos, apareció el enemigo en Pirishoprit (Prisopis), y se esparció por los pueblos cercanos. Minephtah lo combatió al pronto con sus carros y mercenarios y prometió á los generales de la vanguardia unirse con ellos antes de catorce días. En este intervalo, cuéntase que el Dios Phtah se le apareció en sueños, y le mandó no aventurarse en el campo de batalla. Esta desagradable circunstancia no entibió el ar-

dimiento de los egipcios y el 3 de Epifi, después de seis horas de pelea, sufrieron los confederados sangrienta derrota. La guardia de Mirmain fué destruída, y él tuvo que escaparse abandonando arco, carcaj y tienda. Tomado el campamento, reconquistado el botín, los bárbaros perseguidos sin descanso por los carros egipcios, tuvieron que evacuar el país á toda prisa. Apenas pudo salvarse el jefe libio. La noticia de esta victoria llenó á Egipto de entusiasmo tanto mayor cuanto más grande había sido el susto. La vuelta del rey y su escolta á Tebas fué un triunfo delirante.

Esta victoria libraba á Egipto del peligro presente; pero para sacarla del entorpecimiento que revelan las inscripciones, habríase necesitado una mano más firme que la de un anciano de sesenta á setenta años. La debilidad de Minephtah alentó á los príncipes que se creían con derecho á la corona, y parece que muchos de ellos no aguardaron su muerte para anunciar sus pretensiones.

Aun admitiendo que las competencias más ó menos disfrazadas no empezasen mientras vivió Minephtah, no podría negarse que comenzaron en cuanto murió. Sobre el fondo de obscuridad que envuelve esta época, resalta un hecho casi cierto. Setui II, hijo de Minephtah, que en tiempo de su padre era ya príncipe de Kush y heredero presunto, no subió inmediatamente al trono, pues fué suplantado por un tal Ameurnosis, hijo ó nieto de uno de los hijos de Ramsés II, que había muerto antes que este Faraón. Ameurnosis reinó, por lo menos algunos años en Tebas y, probablemente, en todo Egipto. Su sucesor, Minephtah II (Siphtah), logró ocupar el solio de su padre merced á la abnegación de su ministro Bai, y á su matrimonio con la reina Tausrit, cuyo nombre va siempre unido al suyo. La única fecha precisa que se conoce de estos usurpadores es la del año III de Siphtah, y las listas de Manetón parece que no les atribuyen á todos juntos más que una docena de años. Al morir el último, se ciñó, por fin, la corona Setui II, ya á consecuencia de una revolución, ya en virtud de un acuerdo entre ambas ramas rivales. Una inscripción del año II le atribuye victorias sobre las naciones extranjeras, y un papiro del Museo Británico pondera mucho su valor. No sé hasta qué punto debemos fiarnos de tales indicaciones. El canto de victoria del

papiro es una copia casi literal de un canto de triunfo dedicado en otro tiempo á Minephtah, y apropiado á Setui II con una sencilla substitución de nombres. Setui II debía de tener ya cierta edad cuando fué coronado su padre, á menos que fuera niño nacido tarde y alejado del poder durante diez ó doce años por la ambición de sus primos. De todos modos, carecía de la energía necesaria para desafiar la tormenta.

Causas muy diversas, como impotencia de los soberanos de mucha edad, rebeliones de los altos funcionarios, ambición de dinastías colaterales que venían ya hacia medio siglo intrigando en Egipto, produjeron, por último, reinando Setui II, ó inmediatamente después de su muerte, la disolución, no ya del imperio, sino del propio Egipto. «El país de Kimit se iba perdiendo. Sus habitantes carecían de jefe supremo, durante numerosos años, hasta que llegaron otros tiempos, porque la nación estaba en manos de jefes de nomos que se destrozaban entre sí. Luego un sirio, llamado Irisu, fué jefe de los príncipes de los nomos y obligó al país á jurarle fidelidad. Eran incesantes las maquinaciones para arrebatarse mutuamente los bienes, y como se trataba á los dioses lo mismo que á los hombres, no tardaron los templos en verse sin ofrendas.» Las anteriores frases, tomadas del Gran Papiro de Havris, dan á conocer el estado de Egipto en aquella época, y denotan completa anarquía, enseñándonos con qué facilidad podía deshacerse el haz de elementos que componían el reino de los Faraones, en cuanto se debilitaba el poder central. Menos de cincuenta años después de la marcha triunfal de Sesostriis, por Asia y Africa, estaba ya Egipto fraccionado. Desde los tiempos de Ramsés II habían decaído rápidamente el poder militar de la dinastía y su dominio exterior. Minephtah había cultivado esmeradamente la alianza hittita, poniendo guarniciones en las principales ciudades de la Siria meridional. En tiempo de Ameurnosis, de Siphtah, de Setui II, todavía se oyen afirmaciones de victorias, pero no se ven huellas de grandes expediciones guerreras al exterior. Había sido necesario llamar á las tropas de las provincias sirias, á fin de atender á las eventualidades de las guerras civiles. Cuando los pueblos extranjeros, reprimidos hasta entonces en sus vele-

dades de independencia, hicieron otra tentativa, encontraron poca resistencia y vencieron momentáneamente en su empresa.

A favor de las discordias y de la invasión, los cautivos asiáticos ó africanos traídos por los Faraones de las dinastías XVIII y XIX, se sublevaron por todas partes. Cuenta Diodoro de Sicilia que los prisioneros babilonios se sublevaron, porque no podían soportar los trabajos á que se les sometía. Se apoderaron de una posición muy fuerte que domina el Nilo, combatieron con los egipcios y asolaron los alrededores. Al fin, cuando se les concedió la impunidad, colonizaron la plaza, y la llamaron Babilonia, en recuerdo de su patria. Se contaba una historia análoga respecto á un pueblo cercano á Troya. Condenados á trabajar en canteras, hacer ladrillos, abrir canales y construir edificios, los esclavos llevaban vida muy penosa y sólo estaban quietos cuando se les vigilaba rigurosamente, aprovechando cualquiera ocasión para amotinarse y tratar de huir. Su número era considerable, sobre todo en el Bajo Egipto, al cual habían transportado los Faraones tribus enteras de origen libio y semítico. Entre ellos estaban los hijos de Israel, á lo menos los que se habían quedado en Egipto cuando la expulsión de los Pastores. Ramsés II fué el más cruel para ellos, porque, privado por la paz con los khati de los recursos que le proporcionaba la guerra, utilizó para construir monumentos, á los egipcios, y sobre todo, á los extranjeros internados en Egipto. Los hebreos, en el Exodo, han trazado lastimosos cuadros de la mísera condición de sus antepasados en aquellos tiempos. Como los demás cautivos, aguardaban los hebreos una coyuntura favorable para librarse de la dureza de sus tiranos.

La tradición más acreditada hace creer que el Exodo se verificó en tiempo de Minephtah, que resultaría ser en este caso el Faraón de la *Biblia*, que negó á los hebreos «permiso para ir á sacrificar en el desierto». Pero, si tenemos en cuenta los monumentos conocidos hasta ahora, nada indica en el estado de Egipto una desintegración tan avanzada, que pueda hacer verosímil el hecho de la rebelión y la fuga de una tribu, que aunque poco considerable, pudiera verificarse felizmente. El ataque realizado por los pueblos del mar se dirigió al Occidente del Delta y nunca penetró en el país

de Goshen, donde los libros judíos colocan las principales residencias de su raza. No duró tampoco bastante este ataque para que los esclavos extranjeros pudieran concertarse y combinar las medidas necesarias á su emancipación. De modo que no debió ser en tiempo de Minephtah y mucho menos después de una victoria que realzó por algún tiempo en el exterior el prestigio de los ejércitos egipcios, estando todas las fuerzas de Egipto dispuestas á la represión, cuando los hebreos pudieron efectuar impunemente su afortunada salida. Únicamente durante los años que precedieron y siguieron al fallecimiento de Setui II pudieron reunirse las condiciones favorables para el Exodo. Con la descomposición y desmembramiento de la monarquía egipcia y la invasión y la guerra contra los invasores, que asoló el Delta y duró bastante, se concibe fácilmente que en medio de tal desorden, una tribu extranjera, atormentada por los egipcios y cansada de su esclavitud, dejara su residencia y se fuera hacia el desierto sin que la persiguieran enérgicamente sus amos, harto amenazados en su propia vida para fijarse mucho en la fuga de unos esclavos.

Las tradiciones nacionales de los judíos cuentan que Faraón, descontento del crecimiento de Israel, mandó matar á todos los niños varones que naciesen. Una mujer de la tribu de Leví, después de haber ocultado tres meses el suyo, lo echó al Nilo en una cuna de mimbres, junto al sitio donde solía bañarse la hija del rey. La princesa se apiadó de la víctima, le dió el nombre de Moisés y le crió enseñándole toda la ciencia egipcia. Tenía éste ya cuarenta años cuando mató á un egipcio que maltrataba á un hebreo, y se refugió en el Sinaí. A los cuarenta años de destierro se le apareció Dios en una zarza ardiendo, y le mandó que sacara á su pueblo de la esclavitud. Se fué á la corte con su hermano Aarón y pidió para los hebreos el permiso de ir á ofrecer sacrificios en el desierto, lo que no obtuvo hasta después de haber desencadenado sobre el valle del Nilo las diez plagas legendarias, y haber hecho perecer á los primogénitos de la nación. Perseguidas por Faraón las tribus, atravesaron el Mar Rojo, cuyas aguas se abrieron para dar paso á los judíos y se volvieron á cerrar para ahogar á los egipcios. Entonces Moisés y los hebreos elevaron un cántico de gracias al Eterno.

Tal era la historia corriente entre los hebreos cuando se redactaron sus libros sagrados en la forma que hoy tienen. Un sólo hecho de su relato merece conservarse. Un grupo de hebreos, cansado de su situación, se aprovechó del desorden de Egipto para evadirse y refugiarse en el desierto. Esto es lo único cierto. Después del primer momento de sorpresa, no se ocuparon los egipcios más de sus esclavos fugitivos ni se acordaron de ellos. Pero más tarde, en la época macedonia, cuando los judíos empezaron á tener influjo con los Tolomeos, se trató de descubrir en los anales del pasado, la mención del Exodo. La tradición hebraica, superpuesta más ó menos acertadamente á diversos datos de los anales y de la leyenda egipcia, dió á Manetón materia para una versión nueva. Dice ésta, que el rey Amenofis tuvo el antojo de contemplar á los dioses como lo había hecho su antecesor Horo. Un vidente, que con tal objeto consultó, le respondió que lo primero era purificar el país de los leprosos y otros hombres impuros, por lo cual juntó á 80.000 egipcios enfermos y los arrojó en las canteras de Turah. Entre ellos había sacerdotes, cuya desgracia irritó á los dioses, y el vidente, temiendo su cólera, escribió una profecía en la cual anunciaba que ciertas gentes se aliarían con los impuros y dominarían en Kimit durante trece años. Después se suicidó. El rey se apiadó de los proscritos y les cedió la ciudad de Avaris, desierta desde la expulsión de los hiksos. Allí se constituyeron en cuerpo de nación bajo el mando de un sacerdote de Heliópolis, llamado Barsil ó Moisés, que les impuso leyes contrarias á sus costumbres originales, los armó y contrató una alianza con los restos de los hiksos ó pastores desterrados en Siria hacia varios siglos. Todos juntos atacaron el valle y lo ocuparon sin combatir. Amenofis recordó la predicción del vidente, recogió las imágenes de los dioses y huyó á Etiopía con su ejército y muchedumbre de egipcios. Los solymitas que habían invadido el país con los impuros, se portaron tan mal, que su dominio se hizo insoportable para los que tenían que sufrir sus impuestos. En efecto, no sólo incendiaron ciudades y pueblos, saqueando templos y destruyendo imágenes, sino que obligaron á los sacerdotes y profetas á inmolar animales sagrados. Luego volvió de Etiopía Amenofis con un gran ejército, y con su hijo Ramsés,

que mandaba otro. Ambos atacaron á los Pastores é impuros, los vencieron y, después de haber matado á muchos, los persiguieron hasta las fronteras de Siria.

Una dinastía nueva apareció en medio de la incertidumbre general. **Ramsés III y la dinastía XX: los grandes sacerdotes de Amón.**

Su jefe Setnakhiti, descendiente de Ramsés II, dueño de Tebas, venció á los rebeldes y despojó al sirio Irisu, aunque con gran trabajo.

Su hijo Ramsés III, que antes había estado asociado al trono, fué el último de los grandes soberanos de Egipto. Ansioso de igualarse en todo con su homónimo Ramsés II, no cesó en treinta y dos años de reinado, de restablecer la integridad del imperio y la prosperidad del país. A pesar de los triunfos de su padre, encontró las provincias sirias perdidas y las fronteras invadidas. Al Este, los beduinos hostigaban los puertos fortificados del Delta y las colonias mineras del Sinaí; al Oeste, las naciones de Libia se habían desbordado sobre el valle del Nilo. Arrastrados por sus jefes, Didi (probablemente hijo del Mirmorion contemporáneo de Minephtah), Marhaken, Tamar y Zanturar, muchas tribus habían surgido del desierto, conquistando el nomo Marcótico, la Sástica, las bocas del Nilo hasta el gran brazo del río, y toda la región Occidental del Delta desde Karbina al Oeste hasta las afueras de Memfis al Sur. Ramsés III, después de castigar severamente á los beduinos, marchó contra los libios el año v y los batió completamente. Los estragos causados por los bárbaros habían irritado á los egipcios, que no dieron cuartel. Los libios huyeron á la desbandada y algunas tribus suyas, rezagadas, se rindieron y fueron incorporadas al ejército auxiliar.

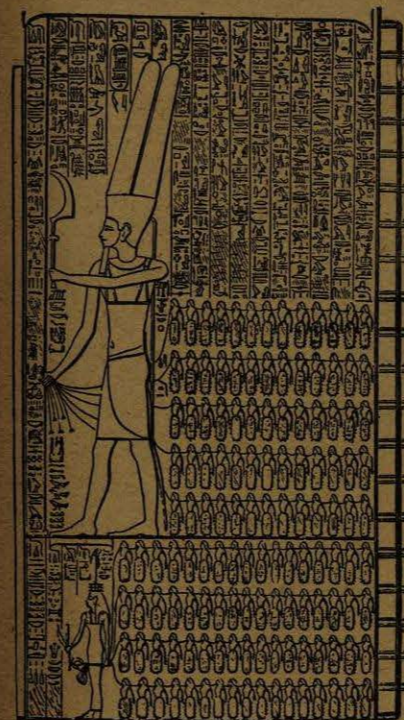
En seguida la emprendió Ramsés contra Siria. Mientras arruinaban á Egipto las guerras civiles, su antiguo enemigo el Khati, acababa de perder el prestigio. Las naciones del Asia Menor, empujadas por la presión de los pueblos europeos, habían abandonado sus moradas y se precipitaban hacia aquellas regiones célebres de Egipto y Siria, cuya riqueza se ponderaba. Danaos, tirsenos, shakalarhas, sakkalas, que habían sucedido á los dardaniós

en la hegemonía de las naciones troyanas, entraron en la confederación. Embarcados unos, habían de asolar las costas; otros debían atravesar la Siria y tomar las fortalezas del istmo. Acrecentados, por las fuerzas de los pueblos que sometían en su camino, se lanzaron sobre Cilicia, obligaron á los kidi y kati á seguirlos, y después de haber permanecido algún tiempo cerca de Kodshu, se dirigieron derechamente á Egipto. Ramsés III estaba bien preparado para recibirlos. Después de haber guarnecido las desembocaduras del Nilo y las

do no correspondió á su esperanzas. Su ejército fué destrozado, aprisionados muchos soldados, y los libios quedaron escarmentados, sin pensar, durante mucho tiempo, en atacar de nuevo á Egipto.

Las victorias de estos doce años habían compensado de sobra los fracasos anteriores. Una navegación de la escuadra á lo largo de las costas redujo á las antiguas provincias sirias, y las naciones de Khati, de Gargamish y de Kodshu entraron voluntariamente en la alianza. Inmediatamente salió una expedición marítima para las regiones del incienso. Equipáronse muchos navíos, provistos de marina y personal administrativo, y llegada la expedición al país de Puanit cargó enormes cantidades de perfumes. Algunos soldados enviados al Sinaí, lo sometieron de nuevo al dominio faraónico, y el imperio egipcio quedó tal como estaba un siglo antes, bajo el mando de Ramsés II. La corriente de la emigración asiática, dirigida contra el valle del Nilo durante ciento cincuenta años, reflujo al Oeste é inundó á Italia, llegando á ésta al mismo tiempo que las colonias fenicias. Los tirsenos desembarcaron al Norte de las bocas del Tiber; los shardanias se arrojaron sobre la isla que luego se llamó Cerdeña. En Asia y en Egipto no quedó más que el recuerdo de sus depredaciones y el relato legendario de las emigraciones que los habían llevado desde el archipiélago hasta el Mediterráneo Occidental. Únicamente el pueblo de los filisteos quedó autorizado para permanecer en Siria, y se acercó á lo largo de la costa meridional, entre Joppe y el torrente de Egipto, en los distritos habitados hasta entonces por los cananeos, donde vivió al principio vasallo del Faraón. La tribu libia de los mashuashas obtuvo también la cesión de un territorio en la otra frontera del Delta, y los soldados mashuashos formaron un cuerpo escogido, cuyos jefes no tardaron en hacer importante papel en la historia interior de Egipto.

Contaba Herodoto, que al regresar Sesostris de una de sus campañas, estuvo expuesto á morir á traición. Su hermano, á quien había confiado el gobierno, le convidó á un banquete con sus hijos, rodeó de leña la casa donde estaba el rey, y le mandó prender fuego. Entrado el rey, consultó con su esposa, y aconsejado por ésta tendió los cuerpos de dos de sus



El dios Amón y la diosa del distrito de Tebas presentando la lista de los lugares conquistados. Los nombres de los distritos van en el cuerpo de cada sirio encadenado.

seis hijos sobre la leña ardiendo, á manera de puente, y pasando por encima de ellos, se salvó con los demás hijos. Los monumentos han demostrado que el Sesostris de la leyenda de Herodoto, no fué Ramsés II, sino Ramsés III. Uno de los hermanos del rey, llamado Pentoerit en los documentos oficiales, conspiró contra aquel, ayudado por varios cortesanos y mujeres del harén, para asesinarle y entronizarse. Descubierta la conjuración, unos conspiradores fueron condenados á muerte y otros á cárcel perpetua. Ramsés III vivió en paz sus últimos años. Edificó en Tebas, el gran palacio de Medinet-Habu, ensanchó á Karnak y restauró á Luxor.

La decadencia se acentuaba más. Cansado Egipto por cuatro siglos de continuo pelear, cada vez era más incapaz de un arranque serio. Diezmada la población por el reclutamiento, y mal renovada por la introducción incesante de elementos extranjeros, no tenía ya el sufrimiento y el entusiasmo de otros tiempos. Las clases nobles, llenas de bienestar y riqueza, no estimaban más que las profesiones civiles, y se mofaban del militarismo. La muchedumbre todavía se dejaba ganar por el entusiasmo de la conquista, y saludaba con sus aclamaciones el carro triunfal del Faraón, pero pasada la primera embriaguez, las clases populares, abrumadas por guerras incesantes, por el peso de las prestaciones y los impuestos, recaían en su apatía habitual. Los literatos y los escribas ridiculizaban los padecimientos del soldado. Todo esto explica muchos puntos oscuros de la historia de aquel tiempo, é influyó considerablemente en la caída rápida del edificio levantado tan laboriosamente por los príncipes de las dinastías XVIII y XIX. El Egipto de Thutmosis III tenía afición á la guerra; el de Ramsés III quería la paz á todo trance.

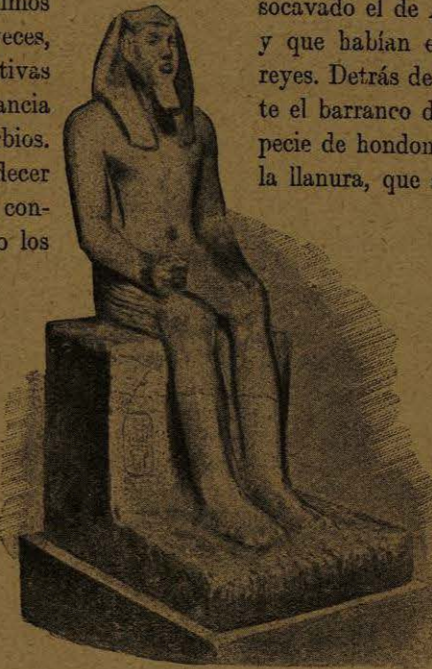
Vióse esto muy bien durante la dinastía XX. Cansado Ramsés del poder, asoció al trono á su hijo Ramsés IV. Murió á los cuatro años, y Ramsés IV, después de haber reinado otros tres ó cuatro, fué substituído por su pariente lejano Ramsés V. Luego le sucedieron rápidamente en el trono Ramsés VI, Ramsés VII, Ramsés VIII y Miamun Miriturun, hijos de Ramsés III. Algunas expediciones hicieron estos Faraones, pero no guerras grandes. Pasaron el tiempo con tranquilidad en el exterior y en el interior, y si fuera cierto que los pueblos felices

carecen de historia, los egipcios habrían sido felicísimos en aquel tiempo. Ya no hubo ni excursiones anuales, ni algaradas por las montañas de Cilicia y las llanuras del Alto Nilo. Continuó Siria pagando tributo durante algunos años porque, si bien Egipto, cansado de sus victorias, no tenía fuerzas para mandar, cansada Siria de sus derrotas, no tenía fuerzas para rebelarse, aunque había entre ambos la diferencia de que el primero, con tres mil años de historia, frisaba en la senectud y no podía levantarse, mientras el otro se curó pronto de sus heridas. El imperio egipcio, en plena victoria, moría de extenuación.

Los documentos particulares que de aquel tiempo nos quedan (pues los monumentos oficiales repiten las frases pomposas de las dinastías anteriores) relatan la historia anecdótica de Tebas durante más de un siglo, y revelan el empobrecimiento gradual de la gran ciudad. La población había crecido considerablemente desde la expulsión de los Pastores; cada guerra le había traído su contingente de sirios, libios y negros. En tiempo de los últimos Ramesidas, el comercio sostuvo el papel de proveedor de esclavos, reservado mucho tiempo á la guerra. Todos aquellos extranjeros acababan por emparentar con los egipcios de sangre pura y se fundían en una raza mestiza, con los defectos de las dos razas de origen. Emancipados á las dos ó tres generaciones, no conservaban de su origen más que sus nombres exóticos ó un apodo. Pikharni (el sirio), Plammoni (el hombre del Líbano), Pinahsi (el negro), Pashurni (el asirio). No hace falta haber vivido mucho en el Cairo para saber por experiencia la corrupción á que semejante costumbre puede llegar. Los templos ocupaban á la mayor parte de estos hombres; otros dependían del rey ó del gran sacerdote; otros eran independientes. Los talleres de construcción daban trabajo á la mitad de aquella gente: la otra estaba casi toda dedicada en la orilla izquierda del Nilo, á los diferentes oficios relacionados con el culto de los muertos y manipulaciones del embalsamamiento.

Los salarios eran muy cortos para los obreros. Lo mejor de la paga consistía en cereales y pan que se repartían á primeros de mes, y tenían que durar hasta el siguiente. Probablemente les habría bastado con la cantidad señalada, si hubieran sido económicos, pero

la imprevisión general en el obrero lo impedía. Los primeros días, se atracaban sin economizar las provisiones, y á mitad de mes ya les faltaba alimento y empezaban á quejarse. Pronto se suspendía el trabajo, los hambrientos dejaban el taller y se reunían en la plaza pública; los capataces los perseguían, la policía acudía y empezaban á parlamentar con ellos. Muchas veces los convencían con buenas palabras; otras veces los amotinados se negaban á hacerles caso. Generalmente, la única consecuencia de la revuelta era una huelga prolongada, y el reparto del mes siguiente daba á los descontentos ánimos para trabajar. Algunas veces, sin embargo, estas alternativas de privaciones y abundancia originaban graves disturbios. Padecía el obrero, veía padecer á su mujer y á sus hijos y contemplaba al mismo tiempo los almacenes del clero ó del Estado, rebotando trigo y cebada. Grandes habían de ser las tentaciones de penetrar y apropiarse lo necesario, y no siempre resistían á ellas los huelguistas que, formando grupos, franqueaban la entrada: pero al llegar á los graneros, se apocaban, y enviaban un mensajero al escriba director para exponerle sus



Estátua de Ramsés III. (Museo del Cairo.)

deseos. Si alguno de ellos, menos paciente, se irritaba, invocando el nombre de los dioses, y pedía que le llevaran ante un magistrado para expresarle sus quejas, los demás rogaban al jefe que no le aplicara el castigo de los blasfemos. El escriba solía atenderlos, y si podía, les daba alimento para algunos días, tomándolo del sobrante de meses anteriores, ó transmitía su petición á la autoridad correspondiente, obteniendo para ellos ración suplementaria en nombre del Faraón.

Abundaban los delitos de todas clases entre aquella población necesitada y turbulenta. Hoy siguen siendo los egipcios ladrones de nacimiento y roban, por gusto, muchos objetos que para nada les sirven. Las necrópolis ofrecían rica presa á los egipcios de aquellos

tiempos. Muchas tumbas mal guardadas encerraban momias cubiertas de oro y alhajas. Difícil era entrar en ellas, porque había que abrir minas antes de llegar á la sala del sarcófago, pero los ladrones se asociaban en grupos considerables que explotaban las sepulturas. De aquellas asociaciones formaban parte obreros, empleados, vagabundos, sacerdotes y hasta afiliados á la policía. La necrópolis toda fué saqueada y no se respetaron las tumbas de los reyes. En tiempo de Ramsés IX se averiguó que había sido violado el hipogeo del rey Sokoumsauf y de su mujer; que se había socavado el de Amenotes I y el de Antuf IV y que habían estado en peligro los de otros reyes. Detrás de la montaña que limita al Norte el barranco de Deir-el-Bahasi había una especie de hondonada sin más comunicación con la llanura, que senderos peligrosos. Era un sitio muy á propósito para

cementerio, pero por su difícil acceso no se utilizó en las épocas del imperio antiguo y medio. A principios de la dinastía XVIII notaron los ingenieros que el valle estaba separado de un barranco por una altura de unos quinientos codos de espesor, lo cual no podía asustar á mineros tan expertos. Abrieron rápidamente en la roca viva una trinchera de 50 á 60 codos de profundidad, terminada en un paso

angosto que daba acceso al valle. No se sabe con seguridad cuando se dió principio á labor tan gigantesca. Thutmosis I es el rey más antiguo cuya sepultura se ha encontrado allí y en el mismo sitio se hallan las de sus sucesores y las de los soberanos de las dinastías XIX y XX. Una comisión presidida por Amenotes, gran sacerdote de Amón, visitó las tumbas de aquellos Faraones y se convenció de que estaban intactas. La impotencia de la policía para proteger las momias reales contra los ataques de la canalla tebana, demuestra la decadencia á que había llegado Egipto.

Entre esta debilidad general, únicamente habían prosperado Amón y sus sacerdotes. Desde su lucha con Khumiatosin era indiscutible la supremacía de Amón y el dogma de

la unidad divina había predominado en el Sur de Egipto. Se interpretaron los antiguos textos de la manera más favorable á sus pretensiones, y se interpolaron con glosas destinadas á evidenciar su superioridad. Todo el sistema religioso antiguo se fué adaptando á las ideas nuevas, y una cosmogonía combinada hábilmente presentó al dios único actuando sobre los elementos. Al principio era el Nu, Océano primordial, en cuyas profundidades flotaban confundidos los gérmenes de la cosas. De toda eternidad se engendró y surgió el dios en el seno de esta masa líquida, sin forma y sin uso. Este dios de los teólogos tebanos era un ser perfecto, dotado de ciencia é inteligencia seguras, único en esencia y substancia, único generador que en el cielo y en la tierra no fué



Carro de lucha de un nomarca egipcio sostenido por su escudero.

engendrado. Igual é inmutable siempre, presente en el pasado y en el porvenir, llena el universo sin que imagen alguna pueda dar idea de su inmensidad. Único en esencia, no es único en persona. Es padre, porque es, y el poder de su naturaleza es tal, que engendra eternamente sin debilitarse. No necesita salir de sí mismo. Para fecundar tiene en sí propio la materia de su creación, concibe su fruto, y como la concepción no puede distinguirse en él del alumbramiento, produce eternamente otra esencia suya propia. Es á un tiempo padre, madre é hijo de Dios, y engendradas por Dios, paridas por Dios, sin salir de Dios, estas tres personas son Dios en Dios, y lejos de dividir la unidad de la naturaleza divina, concurren las tres á su infinita perfección.

Este dios, triple y uno, tiene todos los atributos divinos, inmensidad, eternidad, independencia, voluntad soberana, bondad sin límites. Desarrolla eternamente tales cualidades, ó más bien, como decían las escuelas reli-

giosas de la antigua Tebas, «crea sus propios miembros, que son los dioses» y que se asocian á su acción benéfica. Cada dios secundario, considerado como idéntico al dios uno, puede formar un tipo nuevo del cual emanan á su vez, por igual procedimiento, otros tipos inferiores. De trinidad en trinidad, de personificación en personificación, se llega á un número increíble de divinidades, de rasgos á veces grotescos y frecuentemente monstruosos, que bajan gradualmente desde el orden más elevado hasta el carácter natural más bajo. Sin embargo, los varios nombres, los innumerables aspectos que el vulgo atribuía á tantos seres distintos é independientes, no eran para el adorador tebano más que nombres y aspectos de un solo ser. Todos los tipos divinos se penetraban recíprocamente y se absorbían en el dios supremo. Su división, aun elevada á lo infinito, no quebrantaba la unidad de la substancia divina, y este dios único, Amón Ra, ¿era el sol mismo ó el alma del sol? La opinión más generalizada era la primera, y al sol se dirigen los grandes himnos, cuyos modelos hermosos nos ha legado la literatura de la época de los Ramesidas. Su vida diaria, desde que surgía en el horizonte por la mañana, hasta que desaparecía detrás de las montañas de Occidente, llegó á ser la vida del dios supremo, y su lucha contra la obscuridad, la lucha del dios contra los malos principios.

Estas ideas elevadas, correspondientes á un corto número de doctores y gente ilustrada, no penetraron en la masa de la población. Muy lejos de eso, el culto de los animales (gansos, golondrinas, gatos, serpientes), cada vez contaba con más devotos. La creencia en los espíritus malos y en los duendes era universal; la magia se practicaba abiertamente, á pesar de las disposiciones más severas. En una sociedad tan religiosa como la egipcia, la influencia sacerdotal había de sobreponerse rápidamente á cualquier autoridad y hasta al poderío real. Ya en los tiempos más hermosos de la dinastía XVIII, no emprendían nada los Faraones sin consultar á Amón, que nunca dejaba de contestar á sus preguntas. En tiempo de los Ramesidas, intervino el dios en los asuntos públicos más ó menos directa y constantemente, según la teoría sacerdotal. Las estatuas divinas se componían de un cuerpo de piedra, metal ó madera y de un *duplicado* ó alma desprendida

de la divinidad, encerrada en el cuerpo á fuerza de oraciones en el momento de la consagración. El rey, en el santuario y á veces fuera de él, se dirigía á aquellas figuras animadas y les explicaba los asuntos de actualidad; después de cada consulta real, si al ídolo le gustaba la solución propuesta, indicaba su aprobación bajando la cabeza.

Fácil es comprender la supremacía ejercida en el Estado por el sacerdocio de Amón, y sobre todo por el primer profeta, intérprete legal del dios. Pocos años hacía que había muerto Ramsés III, y ya no tenía rival el primer profeta. Ramsés era Khuitu en la corte de Ramsés IV. El hijo de dicho primer profeta, Amenotnes, era casi un igual de los siguientes Ramsés, y consagraba monumentos en su nombre, como si fuera un soberano. No bastaba á sus ambiciones haber convertido á Amón en instrumento de dominación. Amón, dueño de los dioses, estaba demasiado lejos de la humanidad para comunicarse fácilmente con el vulgo y se hizo mediador entre él y el hombre á Khonsu, tercer miembro de la triada. Ramsés III había empezado la restauración del templo de este dios á pocos centenares de metros al Sur del santuario de Karnak. Sus sucesores siguieron con esmero el trabajo, y los sacerdotes, deseosos de tener para su divinidad favorita títulos de antigua nobleza, no temieron forjar documentos oficiales donde constaban sus milagros de otros tiempos. Fabricaron un gran pilar donde contaban que Ramsés II, después de haber aceptado en rehenes la hija de un jefe sirio, se casó con ella, considerándola como su principal esposa. A los pocos años, Binstroshit, hermana de esta reina, tuvo una enfermedad atribuida á la malicia de un espíritu que la poseía, y de la cual no la pudo curar Thotemhabi, jefe de los magos reales. Después de largos padecimientos, el padre de la princesa solicitó auxilio más eficaz, y Ramsés II se prosternó ante Khonsu, le suplicó que interviniera, y mandó llevar delante de la estatua principal otra estatua del dios. Este infundió su virtud en el cuerpo de Binstroshit, y la curó, por lo cual, y á petición del mismo dios, el príncipe de Bakhtan, padre de la princesa, prodigó presentes á Khonsu y quiso que su estatua permaneciera en Bakhtan. Tres años y nueve meses hacía que el dios estaba allí cuan-

do el príncipe, que descansaba en su cama, creyó verle abandonar su santuario; tenía la figura de un gavilán de Horo y se cernía por el cielo con dirección á Egipto. Al despertar el príncipe se encontró enfermo, y suponiendo que el dios quería regresar á Egipto, lo mandó de nuevo á su templo de Tebas, acompañado de regalos riquísimos.

En tiempo de Ramsés XII, ya habían producido su efecto estos procedimientos. El rey era un Ramesida, pero el verdadero señor de Egipto era Hriru, primer profeta de Amón tebano. Su madre era de sangre real y le había legado derechos á la corona, derechos que alegó al morir



El lago sagrado en el centro de las ruinas de Karnak.

Ramsés XII. Parece que este príncipe no dejó heredero directo, porque al Sur y al Norte surgieron dos rivales para recoger su herencia. Al Sur, Hriru se declaró soberano de ambos países y adoptó como nombre el título de su dignidad: primer profeta de Amón. Al Norte, un tanita llamado Imendes se proclamó rey, y reconocido, desde luego, en el Delta y en el Egipto Medio, impuso su soberanía á las comarcas meridionales, aunque tuvo que tolerar la usurpación de Hriru y confirmarle en la dignidad real, pero sujetándole á su propia soberanía. Los dominios de Amón formaron desde entonces un principado semiindependiente, que abarcaba el Sur de Egipto y de Etiopía, y cuyos jefes, de la familia pontifical, fueron, ya grandes sacerdotes, ya reyes por investidura de los soberanos tanitas. Con éstos formó Manetón la dinastía XXI. A continuación verá el lector la reconstitución de las dinastías XVIII, XIX y XX.

DINASTÍA XVIII (DIOSPOLITANA)

- I. Ahmosu I Nibpehtiri.
- II. Amananhtpu I Zosorkeri.
- III. Thutmosu I Akhopirkeri.
- IV. Thutmosu II Akhopirinri.
- V. Khnumitamanu Hatshopsintu, Makeri.
- VI. Thutmosu III Manakhpini.
- VII. Amanhatpu II Akhopisuri.
- VIII. Thutmosu IV Khkaen Mankhopiruri.
- IX. Amanhatpu III Manibri.
- X. Amanhatpu IV Nofirkhopiruri-Mauri Khuniatonu.
- XI. Saanakhit (?).
- XII. Nutir Ioft Ai Hik Nutir Ois Khopir-khopiruri Iri Mait.
- XIII. Tutankhamanu Hik Ou Prisi Krepi-runibri.

DINASTÍA XIX (DIOSPOLITANA)

- I. Hamahabi Miamun Sozorkhopiruri Sot-perni.
- II. Ramsisu I Maupehtiri.
- III. Situi I Minephtah Maumari.
- IV. Ramsisu II Miamun Usirmakari Sot-peuri.
- V. Minephtah I Holpu Hi Mait Biuri Miamun Mi Nutiru.

- VI. Amenmoso Hik Ou Menkhari Sotpeuri.
- VII. Mineptah II Siphtah Khuniri Sotpeuri.
- VIII. Situi II Minephtah Usirkhopirui Miamun.

DINASTÍA XX (DIOSPOLITANA)

- I. Nakhtsits Miamun Usirmari Miamun.
- II. Ramsisu III Hik Nutir On Usirmari Miamun.
- III. Ramsisu IV Hik Meit Miamun, Usirmari Sotpeuri.
- IV. Ramsisu V Amonhikhopshup Miamun Usirmari Skhopirinhi.
- V. Ramsisu VI Amonhikhopshup Nutir Hik Ou Nibruari Miamun.
- VI. Ramsisu VII Atamou Nutirik On Usirmari Miamun Sotpeuri.
- VII. Ramsisu VIII Sithikopschuf Miamun Usirmari Khuniamon.
- VIII. Miamun Mitun.
- IX. Ramsisu IX Siphtah Skhauri Miamun.
- X. Ramsisu X Miamun Nofirkouri Sot-peuri.
- XI. Ramsisu XI Amanhikhopshuf Khopirmais Sotpeuri.
- XII. Ramsisu XII Khamois Nutir Hik Ou Miamun Maumari Sotpeuphtah.

LIBRO III

EL IMPERIO ASIRIO Y EL MUNDO ORIENTAL HASTA EL ADVENIMIENTO DE LOS SARGÓNIDAS

CAPITULO VII

El primer imperio Asirio.— Los hebreos en el país de Canaán.

Asina: Nino y Semiramis; Tiglatfalar I.—Ocupación del país de Canaán por los hijos de Israel. Palestina y Fenicia en tiempo de los Jueces.

Siria está colocada de tal modo que sólo puede ser independiente con la condición de no tener cerca vecinos poderosos. En cuanto aparece un conquistador en el Nilo ó en el Tigris, parece que le atraen indefectiblemente las riquezas de Damasco y Sidón, de Gargamish y Gaza. Libertado Egipto de los Pastores, se lanzó sobre el país de Kharu, poniendo guarnición en las ciudades é imponiendo tributos á naciones grandes y pequeñas durante varios siglos. Sus ejércitos todavía no habían dejado á Siria, cuando ya se aprestaban las fuerzas asirias á entrar en ella.

Ocupaba Asur la parte media de la cuenca del Tigris, desde la confluencia del río con el Kornib hasta el sitio donde desemboca en las llanuras de aluvión de Caldea. Al Este, el curso medio del gran Zab y algunas estribaciones del Zagros la separaban de los coseos y otras tribus que vagaban por lo que después fué Media. Servíanle de límites, al Norte, el monte Masios; al Sudeste el Adhem; al Oeste y al Sudoeste se alargaba hacia el Khabur y el Eufrates, sin que sepamos si los alcanzaba. La región oriental regada por el Kornib ó Khabur, el Zab grande y el pequeño y el Adhem, abundante en colinas con árboles, era rica en metales y minerales, fértil en trigo y fruta. Antiguos canales circulaban por las campiñas y suplían á la escasez de lluvias. Abundaban las ciudades opulentas y populosas, cuyos nombres llenan los anales regios, y cuyas ruinas cubren el país, pero no siempre son identificables fácilmente. Dos de sus capitales, Nínive (Niuna) y Kalakh (Katkhu) fue-

ron fundadas en tiempos de los primeros colonos caldeos. Al Oeste del río hay una vasta meseta ondulada que sustenta algunas colinas. Allí se alzaban Singar y Azur (Blassar) la más antigua de las grandes ciudades asirias.

Desde el tiempo de Thutmosis III, la posición relativa de los Estados que dominaban en aquellos parajes había cambiado por completo. La Caldea había decaído cada vez más; Asiria, en cambio, iba creciendo en fuerza y en audacia. Después de los pontífices reyes (Ishmidagan, Shamshiadad, Irishum), aparecieron los reyes autónomos Asinbelnishi, Bursurur, Asurnadinakhé I cuyos reinados corresponden al siglo xv antes de nuestra Era. Gracias á sus esfuerzos, habían conseguido ser respetados por sus vecinos. Asinbelnishi y su hijo Bursurur (entre 1400 y 1370) trataban de igual á igual con Kadashmambel, Burnaburish I, y otros reyes coseos de Caldea. Uno de éstos (Kharakhardash), se casó con una hija de Asmembalit, sucesor de Bursurur, que con tal motivo intervino en las interioridades del reino de Babilonia. Kadarhankharb, hijo de Karakhardash y de la asiria, fué degollado en una rebelión de los kasholi y le substituyó un tal Nazibugash. Asmembalit mató al usurpador y entregó la corona á su bisnieto Kurigalzu II. Este vivió mucho tiempo en buenas relaciones con sus primos ninivitas, Belmirari y Budilu, y la seguridad por la parte del Norte le permitió obtener brillantes ventajas sobre los elamitas, á los cuales derrotó, matando á su rey Khurbatila. Tomó y saqueó á Susa, restituyó á los santuarios caldeos los objetos sagrados que les habían sido arrebatados más de mil años antes, y á fines de su reinado tuvo que combatir contra Adadnirari I que había sucedido en Asiria á Budilu, y le venció. Adadnirari volvió á la carga contra Nazimaruttasch, hijo de Kurigalzu, y esta vez tuvo más suerte. Selmanasar I, que siguió á Adadnirari, logró colonizar la cuenca superior del Tigris. Su hijo Tugulnir I (1270) entró en Babilonia, no como